

¿Hacia una nueva Europa?

Josep M. Benítez i Riera, SJ *

La enseñanza de la historia al servicio de la verdad

PRECISAR qué es la nueva conciencia europea que está surgiendo en el viejo continente ha sido uno de los objetivos del simposio intergubernamental pan-europeo, organizado por el Consejo de Europa, que ha tenido lugar en Delfos, del 11 al 14 del pasado mes de mayo. Prosigue así la reflexión iniciada en la anterior conferencia internacional, reunida en la ciudad de Brujas, en 1991, cuando el Consejo de Europa planteó la revisión de la enseñanza de la historia en aquella «Nueva Europa» que surgía a raíz de las profundas transformaciones político-sociales y culturales provocadas por los cambios radicales de

* Profesor de Historia de la Iglesia. Universidad Gregoriana. Roma. Delegado de la Santa Sede en el Simposio del Consejo de Europa (Delfos).

los regímenes totalitarios en los países del Este. Sin duda, el símbolo más llamativo de estos cambios y de aquellas transformaciones fue la caída del muro de Berlín. Ahora, en Delfos, lugar míticamente umbilical de la civilización europea, los delegados de los Estados adheridos a la *convención cultural* hemos reflexionado en profundidad sobre «La enseñanza de la historia y la conciencia europea» con el fin de proponer a los gobiernos de los distintos países recomendaciones concretas de acción.

El Consejo de Europa, por medio de su *Secretariado para la Enseñanza, la Cultura y el Deporte*, ha pretendido establecer unas bases sólidas para orientar a los gobiernos de los diferentes estados-nación sobre la enseñanza de la historia de las jóvenes generaciones como instrumento, quizá el más eficaz, para configurar la naciente e incierta Nueva Europa. Se trata, como ideal, de conseguir la creación de un espacio cultural tolerante y asegurar así los fundamentos de un futuro de paz, solidaridad, justicia y prosperidad.

Con ello, el Consejo de Europa desea llevar a término uno de los objetivos manifestado en la *Declaración de Viena*, firmada por todos los jefes de gobierno europeos en octubre de 1993, que propone un plan conjunto de lucha contra el racismo, la xenofobia, el antisemitismo y la intolerancia. El plan de acción del Consejo de Europa se propone, entre otras finalidades, el afianzamiento de programas escolares que consigan eliminar los prejuicios perpetuados por un desenfoque en la enseñanza de la historia.

Urge, además, fundamentar una conciencia nueva que necesariamente debe hundir sus raíces en las más fecundas tierras de la herencia cultural y de la civilización europea. No es fácil, quizás, convenir en perfilar qué rasgos son los más genuinos del pasado común, pero es cierto que el nuevo sentimiento de unidad europea debe saber conjugar los valores comunes respetando, a la vez, las tradiciones culturales nacionales y las grandes diversidades regionales. El simposio de Delfos ha permitido a los delegados de los treinta y cinco Estados convocados arbitrar aquellos medios que promuevan la nueva conciencia europea en la forma de «programar la enseñanza de la historia nacional de cada país teniendo en cuenta las perspectivas nacionales de los otros países». La *Declaración de Viena* ha llamado la atención sobre la profunda tarea que compete al Consejo de Europa en este campo. Por ello, expresa la convicción de que la cooperación cultural, de la cual el Consejo de Europa es un instrumento privilegiado, es esencial a la cohesión continental.

Objetivos prácticos del Simposio

LOS objetivos del simposio venían a coincidir con los temas que se han propuesto a discusión o información en el simposio, y que han sido los siguientes:

1. Conciencia europea común ligada a la enseñanza de la historia nacional de cada país.

Ir a las raíces más esenciales de la europeidad parece que es el camino acertado para dar en el blanco de qué es la conciencia europea. En este aspecto, sin embargo, no es tan fácil conseguir la unidad de criterios y mucho menos las formulaciones aceptadas por todos. Hay, en efecto, diversas concepciones sobre cuáles son los valores comunes europeos. De hecho, los delegados divergían en señalar qué es lo más característico del espíritu europeo. Ésta es una de las dificultades que considero más grave, y casi insuperable, cuando se quieren trazar unas líneas nítidas de acción común. Unidad en la diversidad, se dice. Pero me temo que los discursos hechos en este sentido son más una proclamación de buenas intenciones que no la fundamentación realista de unos planes de acción y de cooperación.

2. Problemática surgida a causa de los nacionalismos y de la intolerancia.

Ahí entra un espinoso aspecto de la construcción de Europa. Esto es, la pervivencia de factores de mentalidad colectiva que están en la base tanto de muchas guerras entre naciones y bloques de naciones en el pasado y en el presente, como de muchas persecuciones de minorías étnicas y religiosas. Sobre la cuestión de los nacionalismos, es interesante que la *Declaración de Viena* haya expresado que «la protección de las minorías nacionales es esencial para la estabilidad y la seguridad democrática del continente». Es sabido que, hace unos años, este punto era inconcebible en muchos estados europeos, tanto del Este como del Oeste. Otra cosa, no obstante, es saber si alguno de los gobernantes actuales está dispuesto a tolerar y proteger las minorías nacionales. Hay todavía imperialismos lingüísticos, culturales y, en algunas zonas, imperialismos racia-

les. Pero ya es un gran paso adelante que la *Declaración de Viena* y el Consejo de Europa hayan formulado estos principios.

3. La Edad Media en Europa y enseñanza de los elementos más importantes de la herencia común europea.

Como aspecto positivo, sobre el buscar las raíces de Europa también en los valores del medievo, que configuró toda una civilización continental, se ha podido apreciar un renovado respeto por la religión. En esta línea de recuperación del interés por las formas culturales y civilizadoras de la religión cristiana, esta vez, en comparación con el simposio de Brujas, se respiraba mayor aprecio por las aportaciones del cristianismo. Jamás se produjo ningún menosprecio por la acción civilizadora de la Iglesia. En este terreno, había también mayor comprensión que en el simposio de Brujas. Al contrario que en aquel coloquio, en éste no se ha dicho nunca en una sesión pública que el catolicismo deba ser tenido como «pura propaganda».

4. Aplicaciones prácticas: elaboración de programas escolares (currículos); redacción de manuales escolares didácticos y pedagógicos; formación continua de los enseñantes; utilización de métodos didácticos, sobre todo audiovisuales e informáticos en la enseñanza de la historia. Sobre lo trabajado en Delfos en este campo es interesante destacar dos cosas:

a) Algunos delegados participamos activamente en la confección de un programa común, apto para ser seguido por todos los estados-nación de Europa. Una de las propuestas ya elaboradas fue la del delegado de Grecia, F. K. Voros, el cual ofreció un esquema completo de la enseñanza de la civilización europea. En la discusión de este programa intervine a fondo, con enmiendas relativas a la «reforma religiosa en los siglos XV y XVI» y en el capítulo sobre la Paz de Westfalia (1648), cuando se produjo la quiebra de la cristianidad como elemento de cohesión europea.

b) Sobre el uso de las novedades informáticas hubo una sesión general completa. De Boston vino una ejecutiva, técnica en los programas Apple Macintosh: hizo una demostración práctica de cómo sacar partido de ellos. Es asombroso el caudal de programas

educativos ya preparados. También hizo una demostración un editor de vídeos educativos, de Londres. De especial interés resultó un CD-i de la casa Philips sobre los cistercienses, que fue presentado por uno de los coautores del guión, el profesor de Lovaina, doctor T. Hackens. Este CD-i me pareció de gran altura. En último lugar, hay que decir que el comité griego proyectó un vídeo sobre el pasado clásico e informó sobre el programa «*Perseus 1.0 Interactive Sources and Studies on Ancient Greece*», de riquísimo contenido documental arqueológico.

La enseñanza de la historia y la verdad

ALGUNOS de los delegados de los países del Este han insistido en la necesidad de superar la perversión de la verdad que en sus países se había perpetrado durante varias décadas a través de los manuales de historia. Ya en Brujas los delegados de Polonia y de Hungría fueron muy explícitos a este respecto. Ahora en Delfos se han expresado quizá con mayor insistencia los delegados de Rumania y de Albania. La fuerte ideologización de la enseñanza en los países del ex bloque comunista recurría concretamente a la falsificación de la historia. Se impone revisar críticamente toda esta literatura pseudo-histórica, que más es propaganda que narración del pasado.

El fin de la división de Europa en dos bloques, política e ideológicamente irreconciliables, ofrece una oportunidad histórica única para reforzar la paz y la estabilidad en el viejo continente, fundándolas en la verdad. Casi todos los países europeos participan, en la actualidad, de formas de gobierno pluralista y parlamentario. En Viena, sus representantes políticos han suscrito que están empeñados en asegurar la indivisibilidad y universalidad de los derechos del hombre. Que quieren potenciar el diálogo Norte-Sur. Han afirmado la preeminencia del derecho sobre la fuerza y la perentoria extensión de la justicia social a todos los ciudadanos que viven en el solar europeo, sean o no de raza blanca. Pero sólo en la medida en que estos buenos propósitos ideales se lleven a la práctica, Europa podrá convertirse en un «vasto espacio de seguridad democrática», basado en la verdad.

Esta esperanzada Nueva Europa no debería ser destruida por las múltiples formas de injusticia, por la corrupción de los políticos, por «las

ambiciones territoriales, el renacer de los nacionalismos agresivos, la perpetuación de las zonas de influencia, la intolerancia o las ideologías totalitarias». Fenómenos todos que preocupan profundamente a los mejores europeístas, sobre todo cuando se asiste a las terribles destrucciones y a los odios crueles de la ex Yugoslavia o cuando se constatan, una y otra vez, los efectos del terrorismo, la crecida del furor neonazi en algunas zonas del continente o la lacra de la corrupción de los partidos políticos.

El espíritu de Delfos

EL ambiente creado en Delfos entre todos los delegados asistentes parece que es una garantía de que el entendimiento de una Europa común y pacífica es posible. No deja de ser significativo, al respecto, que un delegado de la Santa Sede compartiese muchos puntos de vista con el delegado de Albania, musulmán de religión y de cultura, en unos repetidos coloquios impensables seis años antes.

Después del simposio, podría hablarse de un espíritu de Delfos. El debería impregnar las tareas de programación de la enseñanza de la historia por parte de los ministerios de educación de los respectivos países. Ideal alcanzable si es que los gobiernos promueven con eficacia y no con meros discursos grandilocuentes, llevar a cumplimiento las insistentes recomendaciones de los delegados al simposio, recomendaciones que el Consejo de Europa hace suyas. Porque sólo poniendo la enseñanza de la historia al servicio de la verdad podrá conseguirse el afianzamiento de la nueva conciencia de la joven Europa.